

EL ZOHAR
EN LA ESPAÑA MUSULMANA Y CRISTIANA

DR. ARIEL BENSION

EL ZOHAR EN LA ESPAÑA
MUSULMANA Y CRISTIANA

PROLOGO
DE
MIGUEL DE UNAMUNO

C. I. A. P.

CUBIERTA DE LA EDICIÓN ORIGINAL, 1931

Dr. Ariel Bension

EL ZOHAR

EN LA ESPAÑA

MUSULMANA Y CRISTIANA

Prólogo de Miguel de Unamuno



RENACIMIENTO

BIBLIOTECA JUDAICA

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento
Ilustración coloreada por *Bárbara Morón Macías*

Colección BIBLIOTECA JUDAICA

Director:
Marciano de Hervás

Este libro ha sido publicado con la ayuda
de la **Consejería de Cultura** de la
JUNTA DE ANDALUCÍA

© 2009. Editorial Renacimiento

Depósito Legal: S. 1.441-2009
Impreso en España

ISBN: 978-84-8472-488-9
Printed in Spain

*A mis queridos amigos Fortunato y Sofía Abecassis,
distinguidos descendientes de nobles familias sefarditas.*

«Los seres que viven acá abajo dicen que Dios está
en lo alto, mientras que los ángeles en el Cielo dicen
que Dios está sobre la Tierra.»

EL ZOHAR

PRÓLOGO

EL Zohar, o Libro del Esplendor, de que Ariel Bension, enterrado hace poco en Jerusalén, nos da aquí, en este otro libro, cumplida cuenta, es algo así como el Evangelio místico de los hebreos sefarditas, los renacidos antaño en España –Hispania, Iberia–, los de origen español. Parece que lo sacó a luz, en arameo, el rabino español Moisés de León, a fines del siglo XIII. Este León –otro fue Fray Luis, de cuna leonesa, vivió en tierras de Ávila, luego de Santa Teresa. Pretende ser el Zohar evangelio de Simeón ben Yojai, especie de Cristo hebreo, milagroso también, del siglo II, de quién León vendría a ser un San Pablo. Pero a los que lo vemos con ojos limpios de leyendas y de agujeros se nos aparece como el libro de la íntima religión –mística, ¡claro está!– del triple monoteísmo hispánico, ibérico, de la sencilla y escueta confesión religiosa común a judíos, cristianos y musulmanes de la península, por encima –o mejor, acaso, por debajo– de las elucubraciones eclesiásticas y escolásticas, teológicas, canónicas y litúrgicas de los unos y los otros de ellos. No es un libro saduzaico, sino farisaico,

como los de Saulo, el fariseo helenizado que enseñaba que si sólo en esta vida esperamos en Cristo, en el Mesías, somos los más miserables de los hombres, y que polemizó contra la ley como cuando Simeón ben Yojai dice aquí que los que estudien el Zohar no dependerán del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal ni estarán sujetos a las leyes del «debes hacer» o del «no debes hacer». La confesión de fe del Zohar se reduce a confesar a Dios, un Dios un tanto panteístico —«todas las almas forman una unidad con el Alma Divina»—, y la inmortalidad del alma humana en una vida de ultratumba, con infierno y paraíso. Y luego las fantásticas leyendas de ángeles de todos grados y oficios y menesteres. Se funden poesía, filosofía y religión. Pero no filosofía sistemática, como la de Averroes o de Spinoza; no filosofía congelada en teoremas, sino fluida y corriente, líquida y no pocas veces vaporosa.

Repasando el Zohar nos preguntamos si es que no viene su inspiración de la tierra y del cielo mismos españoles, del páramo leonés y castellano, de las sierras y de los esteros andaluces y levantinos. Hay en él luz de meseta hispánica y de riberas mediterráneas también hispánicas. El contenido, la materia de sus ideas —o ensueños— tiene muy poco o nada de original, como no lo tiene el de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Lulio y los místicos musulmanes. La originalidad está donde siempre está ella, en la expansión, en el tono, tenor y acento, en el estilo íntimo, entrañado, no en la razón —ratio, de reri, hablar— con el logos, sino en el espíritu, en el ruaj, en el soplo sonoro, que es sustancia de la palabra. Y todo nos hacer creer que aunque el rabino Moisés de León lo escribiera en arameo lo sintió más bien en romance español —lengua español (no española), como aún la dicen—, y, desde luego, no en yídish ni en neohebreo reformado. La mística es, en su mayor parte, filología, lingüística. La lengua española pensó y sintió a Dios en Santa Teresa.

Es el Zohar al Antiguo Testamento lo que a éste y al Nuevo son los libros de nuestros místicos cristianos españoles. Y, en otro respecto, nos recuerda —y lo entrevistó Ariel Bension— a nuestro Quijote. Simeón ben Yojai se nos representa como un Don Quijote, caballero andante a lo divino, a la conquista del otro mundo, el de la allendidad, entre visiones angélicas, dantescas y cervantinas a la vez. Y con algo de pre-colombinas.

Hay en el Zohar también un sentido católico, en la estricta significación de catolicidad, de universalidad, admitiendo cualquier influencia que fuera buena, fuese su fuente judía o no lo fuese. Y si se aparta del catolicismo —no de la catolicidad— en el estrecho sentido histórico es porque su individualismo no es, como el católico romano, monacal o monástico. No caben en él monjes ni monjas. «El misticismo español —nos dice el autor— no idealizó ni el eterno masculino ni el eterno femenino, sino siempre el eterno humano.» Y aunque esto no pueda tomarse así, en bloque, por exacto, como tampoco aquella su otra afirmación de que en los místicos hispánicos de las tres grandes religiones no hay rastro de la influencia de aquel helenismo que distinguió la obra de los místicos en los otros países europeos, pues en los nuestros se siente de continuo a Platón y a los neoplatónicos y alejandrinos, lo cierto es que al Zohar sefardita le aparta del catolicismo monacal su manera de sentir el amor entre varón y mujer, con un sentimiento profundamente semítico. Y resulta curioso, por otra parte, que lo que el Zohar dice del amor de maridaje, entre varón y mujer para formar la verdadera individualidad humana, la familiar, tiene un sabor y un tenor y un olor profundamente platónicos y helénicos. No de monaquismo oriental, que no fue de origen helénico, sino acaso más bien egipcio.

Con todo ello, el Zohar es un libro de una religiosidad hondamente hispánica, ibérica. En él alienta el cogollo de la fe de nuestro pueblo —la

que aún tenga—, desollada de excrecencias escolásticas y dogmáticas, aunque revestida de cendales y velos y mantos de fantasía. De la fantasía de los que soñaron la vida del alma en esta nuestra España eterna, la de los tres pueblos.

MIGUEL DE UNAMUNO

PRÓLOGO DE LA EDICIÓN INGLESA

LA controversia que se desencadenó en derredor del *Zohar* (el libro conocido como la *Biblia de los místicos*) y que empezó con su repentina revelación en España, a últimos del siglo XIII, dio lugar a muchas y diversas corrientes de opinión respecto a su origen y compilación. La prueba con su peso se inclina a que sus raíces hay que hallarlas en misterios remotos que datan de lejos, en la antigüedad. Pero en mi mente no existe duda alguna de que su compilación final, retoque, revisión o renovación (llámesele como se quiera), así como su título, le fueron dados en España —en aquella España que alcanzó el más alto nivel de su desarrollo místico—. Se hallará también que las fuentes del *Zohar* radican principalmente en los mohosos cimientos de la sabiduría judaica: el *Pentateuco*, los *Profetas*, *Daniel*, el *Apocalipsis*, el *Libro de Enoc*, la literatura talmúdica (*Mishná*, *Guemará* y *Hagadá*), los *midrashim* y la literatura gaonítica.

Estos, juntamente con otros tesoros místicos del genio judaico, encontraron una ocasión propicia para florecer en el fértil suelo de

España, durante el período en que un desarrollo místico parecido estaba en progreso entre los españoles de las otras dos creencias: la cristiana y la musulmana. No debe sorprendernos el que en la obra de estos tres grupos místicos se hayan filtrado ciertas semejanzas, así como tampoco que algunas de ellas serpearan adentro de la revisión final del *Zohar*, tal como en la que hizo algún autor cuya identidad no está todavía establecida, pero que puso su sello final en ella, seguramente no mucho antes de unas cuantas décadas que precedieron a su revelación a nosotros por Moisés de León.

En mi opinión, el *Zohar* trata de establecer la síntesis entre el misticismo y la ley revelada. Así es que el misticismo judaico –hasta aquí tan sólo en posesión de unos cuantos escogidos– entró en el camino real de la vida judaica para llegar a ser la querida posesión del judío religioso racional, y hasta aun del pueblo en general. Su influencia en la vida judaica se fortaleció cada vez más, especialmente después del exilio de España, hasta tal punto, que la simple lectura de algunos de sus párrafos se acepta entre los piadosos como un acto de mérito.

Hasta ahora, los que han sostenido que el *Zohar* es de nueva creación han cargado el peso de su prueba sobre las fuentes conocidas de los tesoros culturales hispanojudaicos que precedieron a su revelación. Pero hay también que tener en cuenta el vasto tesoro cultural de los grupos musulmanes y cristianos del mismo período en España, así como el espíritu y el ambiente del país. Yo confío que en el transcurso de esta obra lograré enfocar la atención hacia este punto particular, dando a conocer algunas de las más destacadas semejanzas que aparecen en la obra de los místicos españoles de las tres creencias. Mis ejemplos están tomados de las tres fuentes siguientes: la obra de los místicos que precedieron al *Zohar*, la de los que fueron sus contemporáneos y la de los que vinieron después.

El objeto principal de esta investigación no es sólo juzgar la inmediata influencia que cada grupo ejerció sobre los otros, por medio del íntimo contacto cultural, sino más bien llamar la atención sobre la atmósfera mística especial, a la que estaban sujetos los místicos españoles.

Además, yo espero que este libro logrará disipar los prejuicios creados por los autores anticabalistas y probar que, no obstante las dudas que envuelven al *Zohar* acerca de su paternidad, tiempo de su composición y lugar de origen, su valor ético y estético está fuera de discusión. Lo que ocurre es que la luz que en sí encierra no ha sido claramente revelada al mundo moderno. Y ésta está a veces tan profundamente oculta que tan sólo una muy interesada y paciente investigación es capaz de descubrirla.

De igual manera que el Talmud, que se divide en la *Halajá* (la parte legal) y la *Hagadá* (la parte narrativa), el *Zohar* incluye también las partes exegética y narrativa. Pero mientras que en el Talmud es fácil seguir la línea divisoria entre las dos partes, en el *Zohar* es muy difícil el separar la una de la otra. Esto, indudablemente, ha contribuido a desanimar al lector lego, bien sea judío o no, que no esté acostumbrado a este método de presentación y lo encuentra confuso.

Por consiguiente, me he permitido eliminar tales elementos, que en nada contribuyen a la comprensión de las revelaciones místicas: los fundamentos del *Zohar*. Y he recogido y puesto juntas, dentro del marco de cada revelación, todas las cosas que pertenecen al mismo asunto, pero que actualmente se hallan dispersas y desvanecidas en el amplio océano del *Zohar*. Con el fin de reunir en un todo coherente las diferentes partes que pertenecen a cada revelación, yo prescindí del orden y lugar en que fue hallado su material,

pues mi objeto es darle a éste unidad en su contenido y relación y continuidad en la descripción.

He dividido las revelaciones en dos partes: primeramente, las que se supone que han sido hechas por Rebí Simeón Ben Yojai a sus discípulos durante su vida, las que puse en el marco de la *Idara Rabba Kadisha* o Grande Santa Asamblea. Y segundo, las revelaciones que tratan de las esperanzas y aspiraciones en el reino de los acontecimientos futuros –bien sean éstos concernientes al porvenir del individuo o de la humanidad; del pueblo de Israel o de las otras naciones; bien sea el futuro sobre la tierra o en el otro mundo– las he colocado en el marco de la *Idara Zuta Kadisha* o Pequeña Santa Asamblea, la cual ha tenido lugar la víspera de su muerte. Además, con el fin de hacer más viva para el lector la solemne atmósfera poética que ha prevalecido en estas reuniones, me he permitido alguna vez reconstruir la escena de la Asamblea.

No obstante, lo que pueda haber hecho para adaptar el material del asunto a los gustos modernos, la esencia de las revelaciones ha quedado intacta, aunque en una estructura nueva. Como vino viejo en botellas nuevas. Se verá que, en realidad, es la *Biblia de los místicos*, revelando el alma de Israel desde la creación hasta el fin de los días. Pero cualquiera tentativa de hacer justicia a la belleza y esplendor del *Zohar* (a lo acabado de los tesoros espirituales que encierra entre sus cubiertas) me llevaría mucho más allá del fin que me he propuesto en este libro. De aquí que yo tengo que contentarme tan sólo con atraer la atención hacia una pequeña parte de este tesoro, al mismo tiempo que expresar los pensamientos que asaltan a todo el que se pasea por este jardín. Pero a aquel que nunca haya pasado su umbral le aconsejo que antes de entrar se provea de un nuevo espíritu y un corazón nuevo.

Son muchos los que se han privado de las bellezas del *Zohar*, porque han hallado su forma de descripción ya exagerada o falta de sentido. Pero no hay que examinar el *Zohar* desde un moderno punto de vista. A fin de apreciar este libro debemos saber algo de la base histórica de las generaciones en que creció y de las que recibió en su revisión final. Examinándolo a través de estos anteojos de la historia, el *Zohar* nos revela los diversos desarrollos de la cultura judaica, que, habiendo empezado en la tierra de Israel, se continuó en Babilonia y recibió su sello final en España. Así vemos que este misticismo judaico es digno de un puesto honroso en el panteón de la cultura del mundo, y que sus creadores merecen ser colocados entre los que han ganado laurees para el mundo espiritual.

Con el fin de mostrar la continuación y desarrollo de este misticismo entre los exilados españoles hasta nuestros días, me pareció que no podía hallar asunto más a propósito para cerrar este libro que la descripción del grupo de los *jasidim* sefarditas que yo conocí. La descripción está hecha basándose en recuerdos míos de mi juventud, leyendas y tradiciones orales que oí en este grupo, en Bet El de Jerusalén, del cual mi fallecido padre, descendiente de exiliados –de la ilustre familia de Ben Hasdai, de Barcelona, del siglo XII, establecida en Fez después del exilio–, era uno de los maestros del siglo pasado. En medio de este grupo yo pasé la primera veintena de mi vida –la edad que es más fácilmente impresionada por todo lo ideal, elevado y noble–. Y mi alma recogió, a través del contacto directo, el espíritu de la maravillosa vida que me ha rodeado en aquellos días, en la casa, la calle, la escuela y la sinagoga. Y durante el transcurso de los años que se sucedieron, cuando yo me absorbía en la vida mística que me rodeó en otros países y hallaba la analogía de la vida del grupo místico que yo conocí con los que han contribuido a formar

la hermosa vida poética de los judíos en España y que los sefarditas han logrado conservar durante su vida errante. Desgraciadamente, sin embargo, esta vida mística empieza a desaparecer y amenaza hundirse completamente en el olvido, a no ser que se presente en una forma nueva y atrayente al conocimiento de esta generación.

El retrato del maestro Rebí Simeón Ben Yojai y de sus discípulos está hecho de leyendas sacadas de fuentes suministradas por el Talmud de Babilonia, el Talmud de Jerusalén y el *Zohar*, y arregladas en forma tal para presentar un cuadro lo más coherente y comprensible. La descripción de la celebración de la *Hilulá* de la muerte del maestro es un cuadro tomado de la vida real: la festividad anual en Merón, donde el maestro está sepultado. Fue un viajero italiano el que por primera vez mencionó este festival anual, en el año 1322.

Con respecto a las revelaciones del *Zohar*, el que busque el texto exacto y no esté familiarizado con las fuentes originales, debe recurrir a las traducciones literales. Desgraciadamente, ninguna traducción de las que actualmente se dispone se puede considerar como completamente exacta.

Aunque, en principio, este libro es una investigación histórica, yo no he notado escrupulosamente las fuentes de donde he sacado el material, sino que me contenté con enumerar los libros que me han servido de guía. Espero, de esta manera, haber economizado al lector la pesada tarea a que da lugar la comprobación de investigación científica: una tarea que muchas veces asustan al hombre lego, alejándolo de los libros en que pudiera hallar mucha nutrición para el alma y mucho alimento para el pensamiento.

Finalmente, la vasta influencia que el *Zohar* ejerció sobre las obras posteriores de carácter poético, filosófico y místico durante los últimos seis siglos está todavía por revelar en su totalidad, no tan

sólo con respecto a los pocos ejemplos judaicos que presento esparcidos dentro del objeto de este libro, sino a una influencia ejercida, aún mismo sobre la obra de autores no judaicos muy conocidos, como trato de hacer ver en un libro que actualmente tengo en preparación. Y se verá que el *Zohar*, tan poco conocido, así del pueblo judaico en general como del público no judaico en general, fue, sin embargo, conocido, en todas las generaciones, de ciertos espíritus privilegiados que escribieron libros que poseen valor eterno.

ARIEL BENSION
Kahira, enero 1931

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

EL PERÍODO GLORIOSO DE LA VIDA JUDAICA EN ESPAÑA

EL contenido espiritual que encierra la vida de Israel y brota de tres fuentes principales: la Biblia, en Judea, el Talmud, en Babilonia, y el *Zohar*, en España, hizo del judío la entidad espiritual en el mundo material.

En el aislamiento que se impuso a sí mismo, encerrándose dentro de un estrecho pasaje, en el que se rigió por las leyes racionales de la Torá y del Talmud (más bien que por sus místicos conceptos, hasta tal extremo que los elementos místicos se fueron perdiendo de vista), el judío halló repentinamente una puerta, por la que entró un deslumbrante rayo de luz que inundó su mundo gris. Esta luz reavivó las chispas encerradas en el corazón de estos dos grandes libros, hallando así la justificación y comprensión de las leyes que regían su vida al hallar el significado profundamente oculto que sostenía su creencia. La luz venía de un mundo que, por contraposición con el suyo, se regía por los sentimientos y las emociones. Y la puerta que se abrió para dejar entrar la luz fue la del *Zohar* y de la Cábala, que

llegaron a la fruición en la plenitud de la vida espiritual judaica en la península española. La patria de los grandes místicos.

Después del exilio, las comunidades ashkenazí y sefardita reaccionaron de distintas maneras bajo la influencia del nuevo mensaje espiritual. Dentro de las dos se formaron grupos especiales que se dedicaron enteramente a la práctica de la fe mística –los cuales fueron conocidos, respectivamente, bajo la denominación de *jasidim* y cabalistas–. Pero la nueva fe, penetrando en todas las fases de la vida sefardita –en forma de una aproximación mística a todos los asuntos espirituales–, dominó en todos los grupos, alcanzando su más alta forma en las comunidades sefarditas de Palestina: primero, en Safed, donde en una ocasión se congregaron los más distinguidos doctos y maestros en el arte de la revelación mística, pero que después decayó; más tarde, en Hebrón, y luego, más especialmente, en Jerusalén, donde el grupo estableció su residencia en Bet El, el cual está ahora luchando por su último aliento de vida.

El *Zohar* está impregnado del color y belleza que matiza la vida judaica en la península española, fortaleciendo así la creencia de que se desarrolló en este país en el tiempo en que tres grandes religiones, la judaica, la cristiana y la mahometana, se desarrollaron y produjeron algunos de los más finos frutos de su inspiración mística. Calentadas por el mismo sol, alimentadas por las mismas fuentes originales de fe y de esperanza, creció uno al lado del otro, pareciéndose e influyéndose recíprocamente en el plano espiritual, lo mismo que los niños de una misma familia se parecen e influyen en los otros en el plano físico.

La hermosa página de la historia judaica, escrita durante los cinco siglos de residencia en la península española, podría ponerse en música. El solemne ritmo de una marcha nupcial, a través de la cual corre un hilo de gozo. El gozo de la creación viviente. La segunda en

importancia, después de la gran creación espiritual en el antiguo hogar patrio, en Judea. Mayor que la otra, tan sólo, si no tomamos en consideración los mensajes espirituales de los profetas y salmistas.

Los árabes —raza hermana de los judíos— aportaron también una de las más importantes contribuciones a la vida artística y cultural durante su residencia en España. El florecimiento del genio musulmán durante su relativamente corta estancia en España fue superior a todas las cosas que ellos fueron capaces de llevar a cabo en cualquiera de los otros muchos países que llaman suyos —y donde la vida nacional árabe tiene la más libre oportunidad para desarrollarse—. Sus creaciones en piedra —la Alhambra en Granada, la Mezquita en Córdoba y la Giralda en Sevilla, mencionando tan sólo las mayores— fueron los símbolos del avanzado florecimiento espiritual e intelectual que tuvieron en la península, mientras que sus creaciones místicas y literarias son todavía una más sorprendente evidencia de la clase de descendencia que puede producir un matrimonio feliz: el casamiento de un pueblo oriental con un país abundante en seducciones orientales. Los encantos físicos de España son los de un país del Este. A pesar del hecho de que para los griegos era Hesperia (Occidente). Los cananeos errantes, quince siglos antes de la era cristiana, le habían dado el nombre hebreo más apropiado: Hispania. La deslumbrante luz blanca del Oriente está en ella transformándose todos los días en matices llameantes de oro, bajo un cielo ardiente. No hay más que cruzar los Pirineos, y se siente ya uno con la impresión de estar en un mundo que pertenece a los hijos del Este. No hay que sorprenderse de que aquí los exilados de Judea se sintieran como en su país natal.

Este país, que hizo bienvenido al judío, le recordó las amadas bellezas de su hogar patrio. El gran sol blanco de Judea. El cielo

amistoso de Galilea. Las desparramadas montañas de Jerusalén. Las mágicas noches bañadas en luz de la luna y el bajo cielo poblado de estrellas. Terrazas que miran sobre valles empapados en niebla de plata, cuando la Naturaleza se vuelve maestra de las revelaciones místicas. Los fenómenos naturales que saludaban en España las llegadas judaicas fueron los mismos a los que ellos dieron una sentida despedida al dejar Judea. Y las frutas, y los vinos, y «las siete cosas por las que el país de Israel era elogiado como un buen país», habían de hallarse aquí también. Con el mínimo de dificultades de adaptación de cuerpo y de espíritu, el judío de Judea se halló en su casa.

Y el judío que visita la península hoy siente algo del espíritu elegiaco de desolación que ha pasado a través del país de Israel, durante los siglos de su exilio de él. Pues ésta era una tierra que él comprendía mejor que ninguna otra. Un Este fundido y transformado en el crisol del Oeste. Aquí, muchas culturas se habían encontrado y habían sido mezcladas. Aquí, el Oriente y el Occidente habían vivido juntos, trabajado juntos, y meditado sobre los misterios eternos, bajo el mismo cielo simpático. Aquí, ellos crearon los valores eternos que nacieron de la cultura diferente que trajeron consigo y de la que estaba aquí, se fusionaron juntos y se armonizaron en un todo distintivo.

Córdoba, Granada, Sevilla, Toledo, Barcelona —todas son rondadas por los fantasmas de su pasado espléndido—. Toledo lleva hoy humildemente el sello real del encuentro memorable del Este y del Oeste. Se siente más que se ve el Toledo legendario, para quien se pretenden que: «Dios creó su amada ciudad de Toledo antes de que crease el mundo. Él creó el sol y lo puso, primero, como una corona sobre la ciudad. Él hizo a Adán su primer rey». También la leyenda que «Toledo fue fundado por los judíos después de la destrucción del primer templo de Jerusalén, que los judíos vinieron allí juntamente con el rey de Ba-

bilonia, Nabucodonosor, y le pusieron a la ciudad el nombre hebreo *Toledot*, que significa generaciones». Una atmósfera espiritual pende sobre Toledo, que es reminiscencia de Jerusalén, la ciudad santa.

En un tiempo en que la facultad creadora espiritual en el resto del mundo estaba en marea baja, tres grandes culturas, la judaica, la cristiana y la mahometana, florecieron y se elevaron a las alturas supremas en la península. En íntimo contacto, se influyeron y se estimularon recíprocamente, si bien cada una dio su distinta contribución propia. Es de una contribución especial de Israel de lo que este libro se ocupará. Del desarrollo del misticismo judaico, que, con la creación del *Zohar*, adiciona la tercera grande fuente al tesoro espiritual de Israel. En el transcurso de nuestro estudio veremos la influencia ejercida por este misticismo judaico en muchos países, así judíos como no judíos. También la influencia ejercida sobre él por los místicos contemporáneos, cristianos y musulmanes. Y, especialmente, la influencia ejercida sobre estos contemporáneos por el *Zohar*.

España se convirtió en el depositario del mensaje que en otro tiempo vino de Judea. Y Córdoba y Toledo ocuparon el lugar de Jerusalén. El centro espiritual de Babilonia, al que se miraba como guía, desapareció después del último exilio de Judea. Los judíos españoles eran las grandes autoridades en materias religiosas talmúdicas. Pero ellos fueron también algo más. Su dirección religiosa, tan autorizada como la de Babilonia, era más rica en aliento de visión, en poesía y en belleza. Estimulado bajo el influjo de las mejores condiciones sociales, políticas y económicas, el genio judaico floreció, y se elevó a la altura de las más altas proezas de que fue capaz. Del jardín de su florecimiento salieron valores, así sagrados como profanos, tanto temporales como eternos, que sirvieron a Israel y a la humanidad. Creaciones de religión, poesía y filosofía. Creaciones

de estilo en el lenguaje de los profetas. Formas de arte: épico, lírico, satírico, humorístico. La religión y la filosofía andaban cogidas de la mano. La ciencia proseguía su investigación sin ser molestada. La música volvió otra vez a oírse: los címbales, la lira y los instrumentos de cuerda, silenciosos desde el exilio de Sión.

En contraste con el resto de Europa, de la época, Iberia honraba a sus poetas más que a sus héroes, y elevó las eminencias en las ciencias y en el arte a los más altos puestos del país. Este contraste está mejor ilustrado en la diferencia que existía en los centros espirituales de Córdoba y Carbona. La judería española había salido ya de la ignorancia abismal de la época. En la corte de Alfonso XII –un protector de las artes– se hallaban las figuras más destacadas en el mundo judaico. Federico II de Alemania buscó, por medio de una larga correspondencia, la opinión científica y cultural de los judíos de Toledo. Entre la judería italiana había algún progreso cultural; pero Francia y Alemania estaban muy pobres de grandes judíos, sus comunidades estaban generalmente constituidas por obreros manuales y pequeños mercaderes, que se contentaban con la libertad que podían rescatar de la persecución.

Los grandes centros de instrucción establecidos por los judíos españoles en Córdoba, Granada, Sevilla, Toledo y Barcelona, se volvieron guía del mundo judaico. Cada comunidad tenía su gran figura diplomática al servicio del príncipe gobernante; pero, al mismo tiempo, tenían hombres destacados en el mundo de las letras, y tan admirados por su talento espiritual y literario como por su habilidad en diplomacia. Por medio de Salomón Ben Haderet, el tono espiritual de la comunidad de Barcelona se elevó a tal altura, que se llegó a considerar como una autoridad en materias espirituales, incluso en Palestina, y era conocida como la comunidad de los príncipes. Y

Sheshet Benveniste, poeta, filósofo y diplomático, consejero del rey Alfonso, tenía el título de príncipe, que se le había otorgado.

Pero fue principalmente en Toledo donde se había enfocado el centro de la vida judaica, y de donde salía la palabra autorizada para los judíos de todo el mundo. La dirección del mundo espiritual venía de allí. Pues aunque las Escuelas Superiores de Babilonia existían todavía en el siglo XI, y había ya aparecido el primer germen de ciencia y filosofía religiosa, estaba, sin embargo, su influencia en decadencia. Los que lograron alcanzar la dirección espiritual después de la muerte de Hai Gaon y de la desaparición de sus discípulos, fueron perseguidos y obligados a huir a España, llevándose consigo así su herencia espiritual como la gloria de la familia.

Los judíos oprimidos acudieron de todas las partes del mundo, en multitudes, a hallar refugio en la península. Es bastante extraño que, debido a la influencia de los recién venidos, llegados de centros ashkenazíes, creyentes fanáticos, intransigentes, incapaces de comprender el espíritu de tolerancia —que es el principal encanto del sefardita—, que una cierta intolerancia serpeó dentro del pensamiento religioso judaico. Hasta aquí había la religión y la ciencia florecido una al lado de la otra en la mayor armonía. Una armonía bruscamente interrumpida por la llegada de la gran autoridad ashkenazí talmúdica, Asheri, un refugiado de la persecución de los alemanes. Fue hecho rabino en Toledo. Desgraciadamente, él introdujo la idea de que la religión se opone a la investigación científica. Que es el Talmud sólo el que debe tomarse como la autoridad dominante. Que los doctos que se ocupaban de la reconciliación de la religión y la filosofía debían ser condenados. En la defensiva, se vieron entonces obligados a disculparse o explicar sus obras científicas, diciendo que no eran dañosas a la religión. A los que se atrevían a apartarse

del camino de una ortodoxia rígida se les aplicaba un fuerte castigo. Un espíritu de intolerancia que puso limitaciones al espíritu creador. No obstante, todas las corrientes y arroyos del judaísmo fluyeron juntos aquí, y fueron profundizados en nuevas formas. Hombres de gran sabiduría, cada uno de ellos representando una escuela de pensamiento, se sucedían los unos a los otros, siendo sus nombres tan familiares al gran mundo de fuera como el de los hombres de su propio país. Un movimiento para la restauración del reino judaico en su país, muy parecido al Renacimiento judaico moderno, halló su caudillo en el gran Hasdai Ibn Shaprut, ministro de Relaciones Exteriores en Córdoba. Y en la poesía de Yehudá Haleví halló su expresión apasionada y eterna. Los exiliados de Judea crearon así un jardín de poesía impregnada del gozo de la vida y un templo para la investigación seria. En Babilonia, los tesoros espirituales que trajeron los exiliados desde Judea sufrieron entonces una decadencia. En España, tanto el lenguaje como la literatura, se perfeccionaron.

El judío de la península era un nuevo tipo. Una figura ligera y graciosa, encantadora, elegante y llena de tacto. Con atrayentes modales y la suave cortesía que distinguía a sus compañeros del país. Diferente de la de los hermanos que, testarudos y pretenciosos, habían levantado las paredes de piedra dura del ritual y ceremonial en Babilonia. Diferentes también de sus contemporáneos en el Este de Europa: tipo furtivo de los guetos.

Lo que el país hizo por el judío, también lo hizo por el árabe que se estableció en él. En Tetuán y en Fez, adonde fueron los exiliados árabes, el tipo es más agradable y refinado, más placentero a la vista, más encantador en sus maneras y más arrogante en el porte que los árabes de cualquiera otra parte. En su vida del hogar también hay una pureza y un encanto que está ausente de la vida árabe en otras partes.

El judaísmo se había establecido ya en una posición de importancia clásica en la península, cuando el misticismo hizo su aparición, desde el siglo XI hasta el XIII. Un período de vida y creación. Después de más de mil años de silencio, los judíos cogieron otra vez el hilo roto de la alta poesía visionaria, roto con el desarraigamiento de la nación de Judea. Los extremos rotos del hilo se volvieron a atar y, otra vez enlazados, continuaron –lo mismo que una expresión musical se enlaza y continúa– para dar la impresión de una línea entera. Tanto la poesía sagrada como la profana hallaron conexión y continuación. Y sus formas de expresión fueron las que los profetas la dieron al mundo desde Sión. La filosofía, que había permanecido en un estado de decadencia, vuelve otra vez a levantar cabeza. Todo lo que era delicado y elevado en el pensamiento judaico, todo lo que liberta al pensamiento humano y es la base del desarrollo del espíritu humano, volvió otra vez a florecer. Los tesoros rabínicos y talmúdicos, que los hijos de Judea y de Babilonia trajeron consigo a este su nuevo hogar, se desarrollaron, ampliaron y profundizaron.

Sin embargo, con su dispersión al salir de la península española empezó la decadencia de todo lo que había distinguido a los judíos y había hecho gloriosa la época de su estancia en ella. Y por dos razones: la primera debe hallarse en la composición heterogénea de los grupos de emigrantes. La emigración forzada de todas las partes del país lanzó juntos grupos compuestos de elementos completamente diferentes unos de otros. Grupos que nunca se hubieran formado bajo otras circunstancias ordinarias. Una masa precipitadamente compuesta, inclinándose a mezclarse juntos a causa de su necesidad de hallar un albergue inmediato, más bien que a causa de cualquier asociación natural de ideas o de niveles sociales. Una masa destinada a volverse todavía más complicada, irremediabilmente, con la mezcla de los elementos

nuevos entre los que ella se estableció. Estos elementos nuevos, con un nivel de vida y de propósitos intelectuales mucho más bajos, tenía la ventaja del número y de procedencia. Era inevitable que los recién llegados debieran hundirse a su nivel. Las nuevas comunidades, compuestas de exiliados de España, Italia, Grecia y África, estaban muy lejos de ser homogéneas, evidenciando todas las condiciones caóticas que sobrevinieron con el desarraigo y dispersión. Hogar, sinagoga y vida pública, todos sufrieron con la decadencia de las fuerzas espirituales. Las bellezas que encerraban las antiguas tradiciones se perdieron, y éstas se volvieron fórmulas vacías, observadas mecánicamente. Sus jefes espirituales perdieron contacto con el alma del pueblo. Perdieron las tradiciones de dirección que les habían sido transmitidas a ellos por los grandes maestros de Córdoba y Toledo.

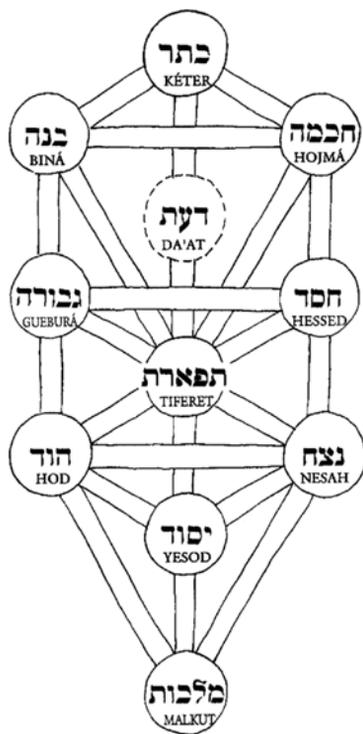
Gradualmente, perdieron el interés en ciencia, en poesía, en arte, en todas las cosas que alimentaban el alma. Ya no cantaban. Ellos no cantaban como los que se han elevado por encima de la desgracia, ni tampoco como los que entonan sus cantos desde las profundidades de su desesperación. Los cantos populares que a veces ellos cantaban habían perdido las tradiciones poéticas que los habían distinguido en España.

La segunda razón de la decadencia, que se estableció con la dispersión, hay que hallarla en el hecho de que los refugiados hallaron asilo en su mayor parte en países mahometanos. Países que nunca habían poseído una cultura destacada o habían pasado desde hacía mucho tiempo el cenit de su perfeccionamiento cultural, y estaban en un estado de decadencia. Esto pasaba especialmente en Turquía, adonde fueron la mayor parte de los sefarditas. La seguridad de la vida fue pagada con la decadencia del desarrollo espiritual. En las posesiones turcas no había contacto alguno con vecinos intelectuales no judíos.

Nunca, en época alguna de su historia, Turquía ha creado valores algunos espirituales o culturales. Y la pobreza del turco, en todo, excepto en sus más elementales necesidades, está mejor ilustrada en la pobreza de su lengua. Sus caracteres son árabes. Su expresión artística es persa. Sus expresiones científicas son árabes. Solamente las expresiones que se precisan para las necesidades físicas diarias son turcas.

Los exiliados hallaron una ausencia de la alta cultura espiritual que había caracterizado a los árabes de Bagdad, cuando se fundaron las academias rabínicas de Sura y Pumbedita y se sembró la simiente de la gran filosofía religiosa. El glorioso período de la cultura árabe —la de Harun Al Rashid— había sido para los judíos el período brillante de los *gaonim*. Pero ninguna traza de esta belleza espiritual se hallaba en los países mahometanos adonde los exiliados fueron. Y sus propias fuerzas espirituales se fueron gradualmente petrificando.

Pero en Holanda, donde algunos de los exiliados fueron tan afortunados para hallar refugio, encontraron un fondo y una atmósfera estimuladora del esfuerzo creador. En este pequeño país de grandes ideales, más de tres generaciones de judíos pensadores y doctos se sucedieron las unas a las otras, culminando en su más alto exponente, Baruj Spinoza.



Árbol de la vida

Lo mismo que el Fénix –símbolo de la vida eterna de Israel–, los sefarditas hallaron un nuevo aliento de vida que entraba en ellos en este país del Norte, que tan valientemente continuó a través de las angustias de su propio renacimiento nacional. El primero en echar fuera el yugo de la tiranía y de la esclavitud.

Aquí, los exiliados establecieron hogares exóticos magnificentes, a los que los holandeses miraron con ojos de asombro. La fantástica, casi legendaria belleza de la antigua España, fue traída al monótono paisaje llano de Holanda. Y el punto de vista universal que han traído los exiliados –que cayó en tantos otros países sobre suelo estéril y pereció– floreció en Holanda y enriqueció al país. Su horizonte se amplió y se extendió. El comercio se extendió también. Se establecieron nuevas relaciones comerciales y políticas. Y de los barcos que poblaban los lagos y costas rocosas del país norteño, se oía a los marineros cantando las apasionadas melodías meridionales de la vieja Andalucía.

Los recién llegados, en Holanda, hallaron también un suelo fértil, en el dominio del pensamiento, en ciencia y en filosofía. En las escuelas y sociedades se enseñaban las ciencias naturales, y dieron buena acogida a las ideas liberales. Bajo este estímulo cultural, los sefarditas en Holanda dejaron a sus hermanos de países mahometanos muy lejos, atrás. Y a medida que el tiempo pasó, dejaron de tener mucho en común, fuera de la forma del servicio religioso y la pronunciación del hebreo –aceptada ahora como la pronunciación clásica en la época presente de renacimiento del lenguaje.

De todos los tesoros intelectuales que ellos habían creado en España, el único que no ha sido descuidado por los exiliados en todos los países en que hallaron refugio, y que influyó en su vida en todas partes, fue el *Zohar* –la Biblia del misticismo, el reino de ética– de acuerdo con el cual ellos dirigieron su vida y su obra. La cualidad

poética e imaginativa de sus mentes –ese aspecto de su naturaleza que había sido tan completamente desarrollado en la península–, no halló completa satisfacción en las teorías rabínicas y talmúdicas, sino que buscó refugio en la Cábala: que trata del Creador y las creaciones, de Dios y el Universo.

En la península los judíos estaban separados en tres distintas divisiones: los que regían su vida por las reglas del Talmud, los que basaban su fe en la filosofía de Maimónides y los que se influenciaban por la Cábala. Después del exilio, las tres partes fueron influenciadas por la Cábala, incluso Spinoza. Pues nosotros hallamos una gran semejanza en sus puntos de vista sobre el infinito con los de ciertos místicos sefarditas que le precedieron, entre ellos Moisés Cordovero.

Bajo la influencia de esta fe mística, que los llevó a flote sobre una fresca esperanza de una futura gloria; que prometía el perdón de los pecados; que hizo parecer la venida del Salvador, no tan sólo segura, sino inminente, los exiliados estuvieron prontos a poner su fe a disposición de cualquier líder cuyas pretensiones mesiánicas tuvieran alguna aparición de verdad. Tales pretendientes aparecieron, unos después de otros, enviando cada uno de ellos una llama de fresca esperanza que surgía a través de los corazones del pueblo oprimido. Y aunque ellos aparecieron en los países en que la vida judaica estaba en decadencia, tuvieron sus adherentes en todas partes del mundo, incluso en Holanda, donde la vida judaica era progresiva e ilustrada.

Así, Shabatai Tzeví tuvo sus adherentes en todas partes, exaltándolos al frenesí de la creencia mística, que era como un respiro de vida nueva para ellos, y continuaron sosteniéndolos aun después de su fracaso en probar que él mismo era el verdadero Salvador. Otro fue David Reubeni, cuya memorable cabalgata a través de las calles de Roma, sobre un asno blanco, rodeado de creyentes judíos y cristianos,

es una parte de la historia del misticismo judaico. Y aún el misticismo salía de cada una de estas pruebas cada vez más fuerte que nunca. Su arraigo en los prosélitos crecía más firme con cada nueva generación.

Aunque ellos sacaban inspiración de la misma fuente –*Zohar* y *Cábala*–, los místicos ashkenazíes y sefarditas, inevitablemente, tomaron diferentes direcciones, inspirando cada uno a sus discípulos a su propio modo. Aquéllos se confiaron más a la práctica de la *Cábala*, la realización de milagros y en provocar éxtasis por formas mecánicas, mientras que los últimos edificaron una vida espiritual más intensa. Entre los ashkenazíes, los *jasidim* permanecieron un grupo distintivo en la comunidad. Entre los sefarditas, sin embargo, tanto los *jasidim* como los otros grupos religiosos, estaban unidos bajo la influencia de esta fe mística. La semilla de este misticismo, llevada a Palestina por el gran poeta místico Diego Pérez –mejor conocido bajo el nombre de Rebí Salomón Moljo– y por Rebí Josef Caro, puso los cimientos para el movimiento sefardita *jasídico* con comunidades de Galilea y Judea. Este último creció y se desarrolló a través de las generaciones siguientes hasta nuestra época, siendo su última fortaleza Bet El, en Jerusalén, que se distinguió por la belleza y pureza de su vida, hasta el fin del siglo pasado.

Así, la tercera fuente del tesoro espiritual de Israel, habiendo brotado de la península española, halló su verdadero depositario en los místicos sefarditas en Tierra Santa. Muchas corrientes fluyeron de esta fuente, regando el suelo seco de los guetos y extendiéndose en todas direcciones, abriendo nuevos caminos reales y espirituales a la humanidad. Así, los judíos como los no judíos, bebieron en las muchas corrientes que salieron de la fuente y muchas obras maestras literarias y filosóficas le debieron su inspiración espiritual y su vida.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
PRÓLOGO DE LA EDICIÓN INGLESA	13

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I. El período glorioso de la vida judaica en España	23
CAPÍTULO II. Los místicos españoles	37
CAPÍTULO III. Algunas semejanzas en la obra de los místicos españoles	57
CAPÍTULO IV. Otras semejanzas en la obra de los místicos españoles	105

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO V. El Zohar. Una ojeada al contenido del Libro del Esplendor y su papel en la vida judaica . . .	117
CAPÍTULO VI. El maestro, Rebí Simeón Ben Yojai	137

CAPÍTULO VII. Leyendas concernientes a algunos de los discípulos de Rebí Simeón Ben Yojai	153
CAPÍTULO VIII. Las revelaciones hechas a la Gran Santa Asamblea	163
CAPÍTULO IX. Las revelaciones hechas a la Gran Santa Asamblea (continuación)	205
CAPÍTULO X. Las revelaciones hechas a la Pequeña Santa Asamblea	233
CAPÍTULO XI. Las revelaciones concernientes al Paraíso e Infierno	257
CAPÍTULO XII. La visión de Rebí Hiya después de la muerte de Rebí Simeón Ben Yojai	283

TERCERA PARTE
DESPUÉS DEL EXILIO

CAPÍTULO XIII. La <i>Hilulá</i> de Rebí Simeón Ben Yojai	289
CAPÍTULO XIV. Los centros de misticismo sefardita después de la salida de España	299
CAPÍTULO XV. Los místicos sefarditas de Bet El, en Jerusalén.	321
BIBLIOGRAFÍA	329
GLOSARIO	333